

mas priesa á nuestro camino, y siempre hallábamnos nueva de cristianos, y nosotros les decíamos que les íbamos á buscar para decirles que no los matasen ni tomasen por esclavos, ni los sacasen de sus tierras, ni les hiciesen otro mal ninguno, y de esto ellos holgaban mucho. Anduvimos mucha tierra, y toda la hallamos despoblada, porque los moradores de ella andaban huyendo por las sierras, sin osar tener casas ni labrar, por miedo de los cristianos. Fué cosa de que tuvimos muy gran lástima, viendo la tierra muy fértil y muy hermosa y muy llena de aguas y de ríos, y ver los lugares despoblados y quemados, y la gente tan flaca y enferma, huida y escondida toda; y como no sembraban, con tanta hambre, se mantenían con cortezas de árboles y raíces. De esta hambre á nosotros alcanzaba parte en todo este camino, porque mal nos podían ellos proveer estando tan desventurados, que parecia que se querían morir. Trujéronnos mantas de las que habían escondido por los cristianos, y diéronnoslas, y aun contáronnos cómo otras veces habían entrado los cristianos por la tierra, y habían destruido y quemado los pueblos, y llevado la mitad de los hombres y todas las mujeres y muchachos, y que los que de sus manos se habían podido escapar andaban huyendo. Como los víamos tan atemorizados, sin osar parar en ninguna parte, y que ni querían ni podían sembrar ni labrar la tierra, antes estaban determinados de dejarse morir, y que esto tenían por mejor que esperar y ser tratados con tanta crueldad como hasta allí, y mostraban grandísimo placer con nosotros, aunque temimos que llegados á los que tenían la frontera con los cristianos y guerra con ellos, nos habían de maltratar y hacer que pagásemos lo que los cristianos contra ellos hacían. Mas como Dios nuestro Señor fué servido de traernos hasta ellos, comenzáronnos á temer y acatar como los pasados y aun algo mas, de que no quedamos poco maravillados; por donde claramente se ve que estas gentes todas, para ser atraídas á ser cristianos y á obediencia de la imperial majestad, han de ser llevados con buen tratamiento, y que este es camino muy cierto, y otro no. Estos nos llevaron á un pueblo que está en un cuchillo de una sierra, y se ha de subir á él por grande aspereza; y aquí hallamos mucha gente que estaba junta, recogidos por miedo de los cristianos. Recebiéronnos muy bien, y diéronnos cuanto tenían, y diéronnos mas de dos mil cargas de maíz que dimos á aquellos miserables y hambrientos que hasta allí nos habían traído; y otro dia despachamos de allí cuatro mensajeros por la tierra como lo acostumbrábamos hacer, para que llamasen y convocasen toda la mas gente que pudiesen, á un pueblo que está tres jornadas de allí; y hecho esto, otro dia nos partimos con toda la gente que allí estaba, y siempre hallábamnos rastro y señales adonde habían dormido cristianos; y á mediodía topamos nuestros mensajeros, que nos dijeron que no habían hallado gente, que toda andaba por los montes, escondidos huyendo, porque los cristianos no los matasen y hiciesen esclavos; y que la noche pasada habían visto á los cristianos estando ellos detrás de unos árboles mirando lo que hacían, y vieron cómo llevaban muchos indios en cadenas; y de esto se alteraron los que con nosotros venían, y algunos de ellos se volvieron pa-

ra dar aviso por la tierra cómo venían cristianos, y muchos mas hicieran esto si nosotros no les dijéramos que no lo hiciesen ni tuviesen temor; y con esto se aseguraron y holgaron mucho. Venían entonces con nosotros indios de cien leguas de allí, y no podíamos acabar con ellos que se volviesen á sus casas; y por asegurarlos dormimos aquella noche allí, y otro dia caminamos y dormimos en el camino; y el siguiente dia, los que habíamos enviado por mensajeros nos guiaron adonde ellos habían visto los cristianos; y llegados á hora de vísperas, vimos claramente que habían dicho la verdad, y conocimos la gente que era de á caballo, por las estacas en que los caballos habían estado atados. Desde aquí, que se llama el rio de Petutan, hasta el rio donde llegó Diego de Guzman, puede haber hasta él desde donde supimos de cristianos, ochenta leguas; y desde allí al pueblo donde nos tomaron las aguas, doce leguas, y desde allí hasta la mar del Sur había doce leguas. Por toda esta tierra donde alcanzan sierras vimos grandes muestras de oro y alcohol, hierro, cobre y otros metales. Por donde están las casas de asiento es caliente; tanto, que por enero hace gran calor. Desde allí hacia el mediódía de la tierra, que es despoblada hasta la mar del Norte, es muy desastrada y pobre, donde pasamos grande y increíble hambre; y los que por aquella tierra habitan y andan es gente crudelísima y de muy mala inclinacion y costumbres. Los indios que tienen casa de asiento y los de atrás, ningun caso hacen de oro y plata, ni hallan que pueda haber provecho de ello.

CAPITULO XXXIII.

Cómo vimos rastro de cristianos.

Después que vimos rastro claro de cristianos, y entendimos que tan cerca estábamos de ellos, dimos muchas gracias á Dios nuestro Señor por querernos sacar de tan triste y miserable captiverio; y el placer que de esto sentimos, júzguelo cada uno cuando pensare el tiempo que en aquella tierra estuvimos, y los peligros y trabajos por que pasamos. Aquella noche yo rogué á uno de mis compañeros que fuese tras los cristianos, que iban por donde nosotros dejábamos la tierra asegurada, y había tres dias de camino. A ellos se les hizo de mal esto, excusándose por el cansancio y trabajo; y aunque cada uno de ellos lo pudiera hacer mejor que yo, por ser mas recios y mas mozos; mas, vista su voluntad, otro dia por la mañana tomé conmigo al negro y once indios, y por el rastro que hallaba siguiendo á los cristianos, pasé por tres lugares donde habían dormido; y este dia anduve diez leguas, y otro dia de mañana alcancé cuatro cristianos de caballo, que recibieron gran alteracion de verme tan extrañamente vestido y en compañía de indios. Estuviéronme mirando mucho espacio de tiempo, tan atónitos, que ni me hablaban ni acertaban á preguntarme nada. Yo les dije que me llevasen adonde estaba su capitán; y así, fuimos media legua de allí, donde estaba Diego de Alcaraz, que era el capitán; y después de haberlo hablado, me dijo que estaba muy perdido allí, porque había muchos dias que no había podido tomar indios, y que no había por dónde ir, porque entre ellos comenzaba á haber necesidad y hambre; yo le dije cómo atrás quedaban Dorantes y Castillo,

que estaban diez leguas de allí con muchas gentes que nos habían traído; y él envió luego tres de caballo y cincuenta indios de los que ellos traían; y el negro volvió con ellos para guiarlos, y yo quedé allí, y pedí que me diesen por testimonio el año y el mes y dia que allí había llegado, y la manera en que venía, y así lo hicieron. De este rio hasta el pueblo de los cristianos, que se llama Sant Miguel, que es de la gobernacion de la provincia que dicen la Nueva-Galicia, hay treinta leguas.

CAPITULO XXXIV.

De cómo envié por los cristianos.

Pasados cinco dias, llegaron Andrés Dorantes y Alonso del Castillo con los que habían ido por ellos, y traían consigo mas de seiscientas personas, que eran de aquel pueblo que los cristianos habían hecho subir al monte, y andaban escondidos por la tierra, y los que hasta allí con nosotros habían venido los habían sacado de los montes y entregado á los cristianos, y ellos habían despedido todas las otras gentes que hasta allí habían traído; y venidos adonde yo estaba, Alcaraz me rogó que enviásemos á llamar la gente de los pueblos que están á vera del rio, que andaban escondidos por los montes de la tierra, y que les mandásemos que trujesen de comer, aunque esto no era menester, porque ellos siempre tenían cuidado de traernos todo lo que podían, y enviamos luego nuestros mensajeros á que los llamasen, y vinieron seiscientas personas, que nos trujeron todo el maíz que alcanzaban, y traíanlo en unas ollas tapadas con barro, en que lo habían enterrado y escondido, y nos trujeron todo lo mas que tenían; mas nosotros no quisimos tomar de todo ello sino la comida, y dimos todo lo otro á los cristianos para que entre sí lo reparitiesen; y después de esto, pasamos muchas y grandes pendencias con ellos, porque nos querían hacer los indios que traímos esclavos, y con este enojo, al partir, dejamos muchos arcos turquescos que traíamos, y muchos zurrónes y flechas, y entre ellas las cinco de las esmeraldas, que no se nos acordó de ellas; y así, las perdimos. Dimos á los cristianos muchas mantas de vaca y otras cosas que traíamos; vímonos con los indios en mucho trabajo porque se volviesen á sus casas y se asegurasen, y sembrasen su maíz. Ellos no querían sino ir con nosotros hasta dejarnos, como acostumbraban; con otros indios; porque si se volviesen sin hacer esto, temían que se morirían; que para ir con nosotros no temían á los cristianos ni á sus lanzas. A los cristianos les pesaba de esto, y hacían que su lengua les dijese que nosotros éramos de ellos mismos, y nos habíamos perdido muchos tiempos había, y que éramos gente de poca suerte y valor, y que ellos eran los señores de aquella tierra; á quien habían de obedecer y servir. Mas todo esto los indios tenían en muy poco ó nonada de lo que les decían; antes unos con otros entre sí platicaban, diciendo que los cristianos mentían, porque nosotros veníamos de donde salía el sol, y ellos donde se pone; y que nosotros sanábamos los enfermos, y ellos mataban los que estaban sanos; y que nosotros veníamos desnudos y descalzos, y ellos vestidos y en caballos y con lanzas; y que nosotros

HA.

no teníamos cobdicia de ninguna cosa, antes todo cuanto nos daban tornábamos luego á dar, y con nada nos quedábamos, y los otros no tenían otro fin sino robar todo cuanto hallaban, y nunca daban nada á nadie; y de esta manera relataban todas nuestras cosas, y las encarescían por el contrario de los otros; y así les respondieron á la lengua de los cristianos, y lo mismo hicieron saber á los otros por una lengua que entre ellos había, con quien nos entendíamos, y aquellos que la usan llamamos propriamente primahaitu (que es como decir vascongados); la cual, mas de cuatrocientas leguas de las que anduvimos, hallamos usada entre ellos, sin haber otra por todas aquellas tierras. Finalmente, nunca pudo acabar con los indios creer que éramos de los otros cristianos, y con mucho trabajo y importunacion los hicimos volver á sus casas, y les mandamos que se asegurasen, y asentasen sus pueblos, y sembrasen y labrasen la tierra, que, de estar despoblada, estaba ya muy llena de monte; la cual sin dubda es la mejor de cuantas en estas Indias hay, y mas fértil y abundosa de mantenimientos, y siembran tres veces en el año. Tiene muchas frutas y muy hermosos ríos, y otras muchas aguas muy buenas. Hay muestras grandes y señales de minas de oro y plata; la gente de ella es muy bien acondicionada; sirven á los cristianos (los que son amigos) de muy buena voluntad. Son muy dispuestos, mucho mas que los de Méjico; y finalmente, es tierra que ninguna cosa le falta para ser muy buena. Despedidos los indios, nos dijeron que harían lo que mandábamos, y asentarian sus pueblos si los cristianos los dejaban; y yo así lo digo y afirmo por muy cierto, que si no lo hicieren, será por culpa de los cristianos.

Después que hobimos enviado á los indios en paz, y regraciádoles el trabajo que con nosotros habían pasado, los cristianos nos enviaron (debajo de cautela) á un Cebrenos, alcalde, y con él otros dos; los cuales nos llevaron por los montes y despoblados, por apartarnos de la conversacion de los indios, y porque no viésemos ni entendiésemos lo que de hecho hicieron; donde parece cuánto se engañan los pensamientos de los hombres, que nosotros andábamos á les buscar libertad, y cuando pensábamos que la teníamos, sucedió tan al contrario, porque tenían acordado de ir á dar en los indios que enviábamos asegurados y de paz; y así como lo pensaron, lo hicieron; lleváronnos por aquellos montes dos dias, sin agua, perdidos y sin camino, y todos pensamos perescer de sed, y de ella se nos ahogaron siete hombres, y muchos amigos que los cristianos traían consigo no pudieron llegar hasta otro dia á mediodía adonde aquella noche hallamos nosotros el agua; y caminamos con ellos veinte y cinco leguas, poco mas ó menos, y al fin de ellas llegamos á un pueblo de indios de paz, y el alcalde que nos llevaba nos dejó allí, y él pasó adelante otras tres leguas, á un pueblo que se llamaba Culiazan, adonde estaba Melchior Diaz, alcalde mayor y capitán de aquella provincia.

CAPITULO XXXV.

De cómo el Alcalde mayor nos recibió bien la noche que llegamos.

Cómo el Alcalde mayor fué avisado de nuestra salida y venida, luego aquella noche partió, y vino adon-

de nosotros estábamos, y lloró mucho con nosotros, dando loores á Dios nuestro Señor por haber usado de tanta misericordia con nosotros; y nos habló y trató muy bien; y de parte del gobernador Nuño de Guzman y suya nos ofresció todo lo que tenia y podia; y mostró mucho sentimiento de la mala acogida y tratamiento que en Alcaraz y los otros habíamos hallado, y tuvimos por cierto que si él se hallara allí, se excusara lo que con nosotros y con los indios se hizo; y pasada aquella noche, otro día nos partimos, y el Alcalde mayor nos rogó mucho que nos detuviésemos allí, y que en esto haríamos muy gran servicio á Dios y á vuestra majestad, porque la tierra estaba despoblada, sin labrarse, y toda muy destruida, y los indios andaban escondidos y huidos por los montes, sin querer venir á hacer asiento en sus pueblos, y que los enviásemos á llamar, y les mandásemos de parte de Dios y de vuestra majestad que viniesen y poblasen en lo llano, y labrasen la tierra. A nosotros nos pareció esto muy dificultoso de poner en efecto, porque no traíamos indio ninguno de los nuestros ni de los que nos solian acompañar y entender en estas cosas. En fin, aventuramos á esto dos indios de los que traían allí captivos, que eran de los mismos de la tierra, y estos se habían hallado con los cristianos; cuando primero llegamos á ellos, y vieron la gente que nos acompañaba, y supieron de ellos la mucha autoridad y dominio que por todas aquellas tierras habíamos traído y tenido; y las maravillas que habíamos hecho, y los enfermos que habíamos curado, y otras muchas cosas, y con estos indios mandamos á otros del pueblo, que juntamente fuesen y llamasen los indios que estaban por las sierras alzados, y los del río de Petaan, donde habíamos hallado á los cristianos, y que les dijese que viniesen á nosotros, porque les queríamos hablar; y para que fuesen seguros, y los otros viniesen, les dimos un calabazon de los que nosotros traíamos en las manos (que era nuestra principal insignia y muestra de gran estado), y con este ellos fueron y anduvieron por allí siete días, y al fin de ellos vinieron, y trujeron consigo tres señores de los que estaban alzados por las sierras, que traían quince hombres, y nos trujeron cuentas y turquesas y plumas, y los mensajeros nos dijeron que no habían hallado á los naturales del río donde habíamos salido, porque los cristianos los habían hecho otra vez huir á los montes; y el Melchior Diaz dijo á la lengua que de nuestra parte les hablase á aquellos indios, y les dijese cómo venia de parte de Dios, que está en el cielo, y que habíamos andado por el mundo muchos años, diciendo á toda la gente que habíamos hallado que creyesen en Dios y lo sirviesen, porque era señor de todas cuantas cosas había en el mundo, y que él daba galardón y pagaba á los buenos, y pena perpetua de fuego á los malos; y que cuando los buenos morían, los llevaba al cielo, donde nunca nadie moría, ni tenían hambre ni frío ni sed, ni otra necesidad ninguna, sino la mayor gloria que se podría pensar; y que los que no le querían creer ni obedecer sus mandamientos, los echaba debajo la tierra en compañía de los demonios y en gran fuego, el cual nunca se había de acabar, sino atormentarlos para siempre; y que allende de esto, si ellos quisiesen ser cristianos y servir á Dios de la manera que

les mandásemos, que los cristianos ternian por hermanos y los tratarian muy bien, y nosotros les mandaríamos que no les hiciesen ningun enojo ni los sacasen de sus tierras, sino que fuesen grandes amigos suyos; mas que si esto no quisiesen hacer, los cristianos los tratarian muy mal, y se los llevarian por esclavos á otras tierras. A esto respondieron á la lengua que ellos serian muy buenos cristianos, y servirian á Dios; y preguntados en qué adoraban y sacrificaban, y á quién pedían el agua para sus maizales y la salud para ellos, respondieron que á un hombre que estaba en el cielo. Preguntámosles cómo se llamaba, y dijeron que Aguar, y que creían que él había criado todo el mundo y las cosas de él. Tornámosles á preguntar cómo sabian esto, y respondieron que sus padres y abuelos se lo habían dicho, que de muchos tiempos tenían noticia de esto; y sabian que el agua y todas las buenas cosas las enviaba aquel. Nosotros les dijimos que aquel que ellos decían, nosotros lo llamábamos Dios, y que así lo llamasen ellos, y lo sirviesen y adorasen como mandábamos, y ellos se hallarian muy bien de ello. Respondieron que todo lo tenían muy bien entendido, y que así lo harían; y mandámosles que bajasen de las sierras, y viniesen seguros y en paz, y poblasen toda la tierra, y hiciesen sus casas, y que entre ellas hiciesen una para Dios, y pusiesen á la entrada una cruz como la que allí teníamos, y que cuando viniesen allí los cristianos, los saliesen á recibir con las cruces en las manos, sin los arcos y sin armas, y los llevasen á sus casas, y les diesen de comer de lo que tenían, y por esta manera no les harían mal, antes serian sus amigos; y ellos dijeron que así lo harían como nosotros lo mandábamos; y el capitán les dió mantas y los trató muy bien; y así, se volvieron, llevando los dos que estaban captivos y habían ido por mensajeros. Esto pasó en presencia del escribano que allí tenían y otros muchos testigos.

CAPITULO XXXIV.

De cómo hicimos hacer iglesias en aquella tierra.

Como los indios se volvieron, todos los de aquella provincia, que eran amigos de los cristianos, como tuvieron noticia de nosotros, nos vinieron á ver, y nos trujeron cuentas y plumas, y nosotros les mandamos que hiciesen iglesias, y pusiesen cruces en ellas, porque hasta entonces no las habían hecho; y hicimos traer los hijos de los principales señores y bautizarlos; y luego el capitán hizo pleito homenaje á Dios de no hacer ni consentir hacer entrada ninguna, ni tomar esclavo por la tierra y gente que nosotros habíamos asegurado, y que esto guardaría y cumpliría hasta que su majestad y el gobernador Nuño de Guzman, ó el Visorey en su nombre, proveyesen en lo que mas fuese servicio de Dios y de su majestad; y después de bautizados los niños, nos partimos para la villa de Sant Miguel, donde como fuimos llegados, vinieron indios, que nos dijeron cómo mucha gente bajaba de las sierras y poblaban en lo llano, y hacían iglesias y cruces y todo lo que les habíamos mandado; y cada día teníamos nuevas de cómo esto se iba haciendo y cumpliendo mas enteramente; y pasados quince días que allí habíamos estado, llegó Alcaraz con los cristianos que habían

ido en aquella entrada, y contaron al capitán cómo eran hajados de las sierras los indios, y habían poblado en lo llano, y habían hallado pueblos con mucha gente, que de primero estaban despoblados y desiertos, y que los indios les salieron á recibir con cruces en las manos, y los llevaron á sus casas, y les dieron de lo que tenían, y durmieron con ellos allí aquella noche. Espantados de tal novedad, y de que los indios les dijeron cómo estaban ya asegurados, mandó que no les hiciesen mal; y así, se despidieron. Dios nuestro Señor por su infinita misericordia quiera que en los días de vuestra majestad y debajo de vuestro poder y señorío, estas gentes vengan á ser verdaderamente y con entera voluntad sujetas al verdadero Señor, que las crió y redimió. Lo cual tenemos por cierto que así será, y que vuestra majestad ha de ser el que lo ha de poner en efecto (que no será tan difícil de hacer); porque dos mil leguas que anduvimos por tierra y por la mar en las barcas, y otros diez meses que después de salidos de captivos, sin parar anduvimos por la tierra, no hallamos sacrificios ni idolatría. En este tiempo travesamos de una mar á otra, y por la noticia que con mucha diligencia alcanzamos á entender, hay de una costa á la otra por lo mas ancho docientas leguas, y alcanzamos á entender que en la costa del sur hay perlas y mucha riqueza, y que todo lo mejor y mas rico está cerca de ella. En la villa de Sant Miguel estuvimos hasta 15 días del mes de mayo, y la causa de detenernos allí tanto fué porque de allí hasta la ciudad de Compostela, donde el gobernador Nuño de Guzman residia, hay cien leguas y todas son despobladas y de enemigos, y hobieron de ir con nosotros gente, con que iban veinte de caballo, que nos acompañaron hasta cuarenta leguas; y de allí adelante vinieron con nosotros seis cristianos, que traían quinientos indios hechos esclavos, y llegados en Compostela, el Gobernador nos recibió muy bien, y de lo que tenia nos dió de vestir; lo cual yo por muchos días no pude traer, ni podíamos dormir sino en el suelo; y pasados diez ó doce días, partimos para Méjico, y por todo el camino fuimos bien tratados de los cristianos, y muchos nos salian á ver por los caminos, y daban gracias á Dios de habernos librado de tantos peligros. Llegamos á Méjico domingo, un día antes de la víspera de Santiago, donde del Visorey y del marqués del Valle fuimos muy bien tratados y con mucho placer recibidos, y nos dieron de vestir, y ofrescieron todo lo que tenían, y el día de Santiago hobo fiesta y juego de cañas y toros.

CAPITULO XXXVII.

De lo que aconteció cuando me quise venir.

Después que descansamos en Méjico dos meses, yo me quise venir en estos reinos; y yendo á embarcar en el mes de octubre, vino una tormenta que dió con el navío al través, y se perdió; y visto esto, acordé de dejar pasar el invierno, porque en aquellas partes es muy recio tiempo para navegar en él; y después de pasado el invierno, por cuaresma nos partimos de Méjico Andrés Dorantes y yo para la Veracruz, para nos embarcar, y allí estuvimos esperando tiempo hasta domingo de Ramos, que nos embarcamos, y estuvimos embarcados mas

de quince días por falta de tiempo, y el navío en que estábamos hacia mucha agua. Yo me salí de él, y me pasé á otros de los que estaban para venir, y Dorantes se quedó en aquel; y á 10 días del mes de abril partimos del puerto tres navíos, y navegamos juntos ciento y cincuenta leguas, y por el camino los dos navíos hacían mucha agua, y una noche nos perdimos de su conserva, porque los pilotos y maestros, segun después pareció, no osaron pasar adelante con sus navíos, y volvieron otra vez al puerto do habían partido, sin darnos cuenta de ello ni saber mas de ellos, y nosotros seguimos nuestro viaje, y á 4 días de mayo llegamos al puerto de la Habana, que es en la isla de Cuba, adonde estuvimos esperando los otros dos navíos, creyendo que venían, hasta 2 días de junio, que partimos de allí con mucho temor de topar con franceses, que habia pocos días que habían tomado allí tres navíos nuestros; y llegados sobre la isla de la Bermuda, nos tomó una tormenta, que suele tomar á todos los que por allí pasan, la cual es conforme á la gente que dicen que en ella anda, y toda una noche nos tuvimos por perdidos, y plugo á Dios que, venida la mañana, cesó la tormenta, y seguimos nuestro camino. A cabo de veinte y nueve días que partimos de la Habana habíamos andado mil y cien leguas, que dicen que hay de allí hasta el pueblo de los Azores; y pasando otro día por la isla que dicen del Cuervo, dimos con un navío de franceses á hora de mediodía; nos comenzó á seguir con una carabela que traía tomada de portugueses, y nos dieron caza, y aquella tarde vimos otras nueve velas, y estaban tan lejos, que no podimos conocer si eran portugueses ó de aquellos mismos que nos seguían, y cuando anocheció estaba el francés á tiro de lombarda de nuestro navío; y desde fué obscuro, hurtamos la derrota por desviarnos de él; y como iba tan junto de nosotros, nos vió, y tiró la vía de nosotros, y esto hecimos tres ó cuatro veces; y él nos pudiera tomar si quisiera, sino que lo dejaba para la mañana. Plugo á Dios que cuando amaneció nos hallamos el francés y nosotros juntos, y cercados de las nueve velas que he dicho que á la tarde antes habíamos visto, las cuales conocíamos ser de la armada de Portugal, y di gracias á nuestro Señor por haberme escapado de los trabajos de la tierra y peligros de la mar; y el francés, como conoció ser el armada de Portugal, soltó la carabela que traía tomada, que venia cargada de negros, la cual traían consigo para que creyésemos que eran portugueses y la esperásemos; y cuando la soltó dijo al maestro y piloto de ella que nosotros éramos franceses y de su conserva; y como dijo esto, metió sesenta remos en su navío, y así á remo y á vela se comenzó á ir, y andaba tanto, que no se puede creer; y la carabela que soltó se fué al Galeon, y dijo al capitán que el nuestro navío y el otro eran de franceses; y como nuestro navío arribó al galeon, y como toda la armada via que íbamos sobre ellos, teniendo por cierto que éramos franceses, se pusieron á punto de guerra y vinieron sobre nosotros; y llegados cerca, les salvamos. Conoció que éramos amigos; se hallaron burlados, por haberseles escapado aquel cosario con haber dicho que éramos franceses y de su compañía; y así, fueron cuatro carabelas tras él; y llegado á nosotros

el galeon, después de haberles saludado, nos preguntó el capitán Diego de Silveira que de dónde veníamos y qué mercadería traíamos; y le respondimos que veníamos de la Nueva-España y que traíamos plata y oro; y preguntónos qué tanto sería, el maestro le dijo que traería treientos mil castellanos. Respondió el capitán: *Boa fee que venis muito ricos, pero traxedes muy ruin navio y muito ruin artilleria, ô fi de puta can, ô renegado frances, y que bon bocado perdeo, vota Deus. Ora sus pois vos abedes escapado, seguime, y non vos apartedes de mi, que con ayuda de Deus, eu vos porne en Castela.* Y dende á poco volvieron las carabelas que habian seguido tras el francés, porque les pareció que andaba mucho, y por no dejar el armada, que iba en guarda de tres naos que venian cargadas de especería; y así llegamos á la isla Tercera, donde estuvimos reposando quince dias, tomando refresco y esperando otra nao que venia cargada de la India, que era de la conserva de las tres naos que traia el armada; y pasados los quince dias, nos partimos de allí con el armada, y llegamos al puerto de Lisbona á 9 de agosto, vispera de señor sant Laurencio, año de 1537 años. Y porque es así la verdad, como arriba en esta *Relacion* digo, lo firmé de mi nombre, *Cabeza de Vaca*.—Estaba firmada de su nombre, y con el escudo de sus armas, la *Relacion* donde este se sacó.

CAPITULO XXXVIII.

De lo que sucedió á los demás que entraron en las Indias.

Pues he hecho relacion de todo lo susodicho en el viaje, y entrada y salida de la tierra, hasta volver á estos reinos, quiero asimismo hacer memoria y relacion de lo que hicieron los navíos y la gente que en ellos quedó, de lo cual no he hecho memoria en lo dicho atrás, porque nunca tuvimos noticia de ellos hasta después de salidos, que hallamos mucha gente de ellos en la Nueva-España, y otros acá en Castilla, de quien supimos el suceso y todo el fin de ello de qué manera pasó, después que dejamos los tres navíos, porque el otro era ya perdido en la costa Brava; los cuales quedaban á mucho peligro, y quedaban en ellos hasta cien personas con pocos mantenimientos, entre los cuales quedaban diez mujeres casadas, y una de ellas habia dicho al Gobernador muchas cosas que le acaecieron en el viaje, antes que le sucediesen; y esta le dijo, cuando entraba por la tierra, que no entrase, porque ella creia que él ni ninguno de los que con él iban no saldrian de la tierra; y que si alguno saliese, que haria Dios por él muy grandes milagros; pero creia que fuesen pocos los que escapasen ó no ningunos; y el Gobernador entonces le respondió que él y todos los que con él entraban, iban á pelear y conquistar muchas y muy extrañas gentes y tierras; y que tenia por muy cierto que conquistándolas habian de morir muchos; pero aquellos que quedasen serian de buena ventura y quedarían muy ricos, por la noticia que él tenia de la riqueza que en aquella tierra habia; y dijole mas, que le rogaba que ella le dijese las cosas que habia dicho pasadas y pre-

sentes, quién se las habia dicho. Ella le respondió, y dijo que en Castilla una mora de Hornachos se lo habia dicho, lo cual antes que partiésemos de Castilla nos lo habia á nosotros dicho, y nos habia sucedido todo el viaje de la misma manera que ella nos habia dicho. Y después de haber dejado el Gobernador por su teniente, y capitán de todos los navíos y gente que allí dejaba, á Carvalho, natural de Cuenca de Huete, nosotros nos partimos de ellos, dejándoles el Gobernador mandado que luego en todas maneras se recogiesen todos á los navíos, y siguiesen su viaje derecho la via del Pánuco, y yendo siempre costeano la costa y buscando lo mejor que ellos pudiesen el puerto, para que en hallándolo parasen en él y nos esperasen. En aquel tiempo que ellos se recogian en los navíos, dicen que aquellas personas que allí estaban vieron y oyeron todos muy claramente cómo aquella mujer dijo á las otras que, pues sus maridos entraban por la tierra adentro y ponian sus personas en tan gran peligro, no hiciesen en ninguna manera cuenta de ellos; y que luego mirasen con quién se habian de casar, porque ella así lo habia de hacer, y así lo hizo; que ella y las demás se casaron y amancebaron con los que quedaron en los navíos; y después de partidos de allí los navíos, hicieron vela y siguieron su viaje, y no hallaron el puerto adelante, y volvieron atrás; y cinco leguas mas abajo de donde habiamos desembarcado, hallaron el puerto, que entraba siete ó ocho leguas la tierra adentro, y era el mismo que nosotros habiamos descubierto, adonde hallamos las cajas de Castilla que atrás se ha dicho, á do estaban los cuerpos de los hombres muertos, los cuales eran cristianos; y en este puerto y esta costa anduvieron los tres navíos y el otro que vino de la Habana y el bergantin, buscándonos cerca de un año; y como no nos hallaron, fuéronse á la Nueva-España. Este puerto que decimos es el mejor del mundo, y entra la tierra adentro siete ó ocho leguas, y tiene seis brazas á la entrada y cerca de tierra tiene cinco, y es lama el suelo de él, y no hay mar dentro ni tormenta brava, que como los navíos que cabrán en él son muchos, tiene muy gran cantidad de pescado. Está cien leguas de la Habana, que es un pueblo de cristianos en Cuba, y está á norte sur con este pueblo, y aquí reinan las brisas siempre, y van y vienen de una parte á otra en cuatro dias, porque los navíos van y vienen á cuartel.

Y pues he dado relacion de los navíos, será bien que diga quién son, y de qué lugar de estos reinos, los que nuestro Señor fué servido de escapar de estos trabajos. El primero es Alonso del Castillo Maldonado, natural de Salamanca, hijo del doctor Castillo y de doña Aldonza Maldonado. El segundo es Andrés Dorantes, hijo de Pablo Dorantes, natural de Béjar y vecino de Gibraltar. El tercero es Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, hijo de Francisco de Vera y nieto de Pedro de Vera, el que ganó á Canaria, y su madre se llamaba doña Teresa Cabeza de Vaca, natural de Jerez de la Frontera. El cuarto se llama Estebanico; es negro alárabe, natural de Azamor.

COMENTARIOS

DE

ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA,

ADELANTADO Y GOBERNADOR DEL RIO DE LA PLATA.

CAPITULO PRIMERO.

De los comentarios de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca.

Después que Dios nuestro Señor fué servido de sacar á Alvar Nuñez Cabeza de Vaca del cautiverio y trabajos que tuvo diez años en la Florida, vino á estos reinos en el año del Señor de 1537, donde estuvo hasta el año de 40, en el cual vinieron á esta corte de su majestad personas del rio de la Plata á dar cuenta á su majestad del suceso de la armada que allí habia enviado don Pedro de Mendoza, y de los trabajos en que estaban los que de ellos escaparon, y á le suplicar fuese servido de los proveer y socorrer, antes que todos peresciesen (porque ya quedaban pocos de ellos). Y sabido por su majestad, mandó que se tomase cierto asiento y capitulacion con Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, para que fuese á socorrellos; el cual asiento y capitulacion se efectuó, mediante que el dicho Cabeza de Vaca se ofreció de los ir á socorrer, y que gastaria en la jornada y socorro que así habia de hacer en caballos, armas, ropas y bastimentos y otras cosas, ocho mil ducados, y por la capitulacion y asiento que con su majestad tomó, le hizo merced de la gobernacion y de la capitania general de aquella tierra y provincia, con título de adelantado de ella; y asimismo le hizo merced del dozavo de todo lo que en la tierra y provincia se hiciese y lo que en ella entrase y saliese, con tanto que el dicho Alvar Nuñez gastase en la jornada los dichos ocho mil ducados; y así, él, en cumplimiento del asiento que con su majestad se hizo, se partió luego á Sevilla, para poner en obra lo capitulado y proveerse para el dicho socorro y armada; y para ello mercó dos naos y una carabela para con otra que le esperaba en Canaria; la una nao de estas era nueva del primer viaje, y era de treientos y cincuenta toneles, y la otra era de ciento y cincuenta; los cuales navíos aderezó muy bien y pro-

veyó de muchos bastimentos y pilotos y marineros, y hizo cuatrocientos soldados bien aderezados, cual convenia para el socorro; y todos los que se ofrecieron á ir en la jornada llevaron las armas dobladas. Estuvo en mercar y proveer los navíos desde el mes de mayo hasta en fin de septiembre, y estuvieron prestos para poder navegar, y con tiempos contrarios estuvo detenido en la ciudad de Cádiz desde en fin de septiembre hasta 2 de noviembre, que se embarcó y hizo su viaje, y en nueve dias llegó á la isla de la Palma, á do desembarcó con toda la gente, y estuvo allí veinte y cinco dias esperando tiempo para seguir su camino, y al cabo de ellos se embarcó para Cabo-Verde, y en el camino la nao capitana hizo un agua muy grande, y fué tal, que subió dentro en el navío doce palmos en alto, y se mojaron y perdieron mas de quinientos quintales de bizcocho, y se perdió mucho aceite y otros bastimentos; lo cual los puso en mucho trabajo; y así, fueron con ella dando siempre á la bomba de dia y de noche, hasta que llegaron á la isla de Santiago (que es una de las islas de Cabo-Verde), y allí desembarcaron y sacaron los caballos en tierra, porque se refrescasen y descansasen del trabajo que hasta allí habian traído y tambien porque se habia de descargar la nao para remediar el agua que hacia; y descargada, el maestre de ella la estancó (porque era el mejor buzo que habia en España). Vinieron desde la Palma hasta esta isla de Cabo-Verde en diez dias; que hay de la una á la otra trecientas leguas. En esta isla hay muy mal puerto, porque á do surgen y echan las anclas hay abajo muchas peñas, las cuales roen los cabos que llevan atadas las anclas, y cuando las van á sacar quédanse allá las anclas; y por esto dicen los marineros que aquel puerto tiene muchos ratones, porque les roen los cabos que llevan las anclas; y por esto es muy peligroso puerto para los navíos que allí están, si les toma alguna tormenta. Esta isla es vi-